



EN BAYONA, EL JUEVES GORDO DEL AÑO 1851

Por Juan Garmendia Larrañaga

Esta referencia acerca de la celebración del Jueves Gordo de 1851 en Bayona, la conozco por deferencia de mi querido amigo D. Pedro Elosegui Irazusta. Se trata de unas nuevas interesantes recogidas por D. José Nicasio

Casal y Anchuelo, en el transcurso de un viaje de Madrid a Roma. Viudo y después de cursar la carrera sacerdotal, Casal Anchuelo falleció en Tolosa el 19 de marzo de 1897. Su nieto fue el recordado abogado tolosano D. Luis Castro Casal, Gobernador Civil de Vizcaya en el año 1931, y más adelante, en dos ocasiones, Presidente de la Diputación de Guipúzcoa. Transcribamos, pues, el texto interesado.

«Observamos desde muy temprano en este día, que en todas partes es ya como prelude del alborotador Carnaval que le sigue, cierta concurrencia extraordinaria de gente por las calles, lo que me hizo pensar si sería en Francia día festivo, aunque sabía que allí no hay más fiestas que los domingos. A poco, los acentos de una música de instrumentos de aire que se aproximaban nos hizo acudir a los balcones, desde donde vimos un espectáculo nuevo para nosotros.

Una porción de hombres con boinas (que usan todos los vascos) cubiertas de vistosos lazos de cintas de colores, o con sombrerillos de paja cubiertos de flores, o vestidos de blanco con adornos de cintas; finalmente, de extrañas maneras, pero limpios y aseados hasta no más, venían precedidos de sus músicos, también vestidos del mismo modo, y llevaban en medio dos o tres parejas de bueyes, los más hermosos y escogidos, los cuales iban no menos adornados con raros y vistosos caprichos. Unos con los cuernos dorados y el cuerpo salpicado de estrellas de plata y oro. Otros con mantillas de grana de anchas cenefas doradas, de que pendían grandes borlas de los mismos, llevando en sus cabezas bonitas coronas de flores de mano; y todas las parejas unidas con ligeros yugos cubiertos también de flores y verdes hojas. Toda esta comitiva se detenía por intervalos delante de algunas casas, y allí tocaban un rato.

No poco nos divirtió esta nunca vista función, pues si toda novedad agrada, mucho más la que se disfruta en país extranjero. Era, pues, la fiesta de los abastecedores de carne, que en el día de Jueves de Sexagésima o Jueves Gordo, como vulgarmente se llama, tienen costumbre de ir ostentando por toda la ciudad las mejores reses y las engalanan de este modo y entretienen a la población entera, pues circulan en todas direcciones y por toda la ciudad diferentes cuadrillas y a competencia se esmeran para sobrepasar en adornos y más que nada en presentar mejores reses.

Nosotros vimos desde casa y donde quiera que fuimos aquel día, muchas comparsas con sus músicas y sus bueyes ataviados con cintas, con lazos, con canastillas de flores, con coronas, todas poco más o menos como llevo dicho.

— He aquí una función bien inocente y que divierte mucho a esta gente.

Dije yo a mi sobrino.

— A mí también me divierte mucho, me contestó; pero creo que aquí debe haber mucha farsa, porque estas procesiones tienen mucho de eso.

— No tanto, no tanto, le repuse; es cierto que van todos con un día tal de importancia, que parece están ejecutando la cosa más formal del mundo; pero son costumbres de pueblos que debemos ver y conocer sin criticarlas; pues si escudriñamos las de todos los países por sensatos y juiciosos que sean, veremos cosas bien raras que nos chocarán y que acaso nos parezcan ridículas. Esta fiesta al menos es bien pacífica, bien sencilla y ¡ojalá! que todas las fiestas populares fueran como ella.

Tal fue el espectáculo que Bayona nos ofreció el Jueves Gordo.»